

## RITOS DE TRANSITO DE LOS INDIOS SUDAMERICANOS

Por ALFREDO MÉTRAUX \*

### 2. LA INICIACIÓN DE LOS MUCHACHOS

Los ritos de iniciación de muchachos y jóvenes son bastante comunes en Sudamérica. Pero al revés de lo que sucede con los de las mujeres, tienden ellos a tomar formas variables, y a menudo sirven también a propósitos diferentes. La edad de los iniciandos varones está menos determinada por hechos puramente fisiológicos, que lo que es el caso en las mujeres. Además, en todas las ceremonias concurren elementos mágicos y religiosos, pero tanto su función como su importancia relativa varían considerablemente. En muchos casos vemos que pruebas y ordalias son parte integrante de los ritos, pero también aquí hay mucha variación en cuanto al énfasis y al sentido de las mismas se refiere. En casi todos los casos, los ritos tienen alguna conexión, directa o indirecta, con la obtención del estado legal de adulto, pero frecuentemente el mismo ritual sirve también a otros propósitos.

En las Guayanas, los jóvenes alcanzan el estado legal de adulto luego de haber sido fustigados, o mordidos por hormigas ponzoñosas; sin embargo, la prueba asume el carácter de rito de iniciación sólo por el hecho de ser infligido por vez primera. En sí misma, la prueba carece de este carácter, pues es un rito mágico que se realiza en muchas oportunidades, como cuando un hombre desea asegurarse buena suerte en una empresa, o necesita librarse a sí mismo de malos influjos.

---

\* La traducción del original inglés es obra de Salvador Canals Frau.

Prácticamente toda la vida ceremonial de los pueblos de cultura inferior, como *Fueguinos*, *Chamacocos* y *Ges*, gira en torno de la preparación del joven y de su admisión en la sociedad de los hombres o grupos de edad. Sus actividades religiosas palidecen al lado de sus complicadas ceremonias de iniciación.

En el Perú, los ritos de pubertad de los muchachos, el revés de lo que sucedía con el de las chicas, no era un asunto de familia, sino que los organizaba y celebraba toda la comunidad una vez al año, en el mes de diciembre. Todo muchacho considerado como sexualmente maduro recibía un taparrabos y cambiaba de nombre. Como es natural, la ceremonia era particularmente solemne y complicada entre los miembros de la nobleza. Los ritos han sido tan frecuentemente descritos por diversos cronistas, y han sido tantas veces citados, que sería superfluo repetir aquí sus detalles. Las ceremonias, que continuaban durante varias semanas, incluían peregrinajes a distintos santuarios, particularmente al de Huanacauri, danzas, flagelaciones, abluciones purificadoras y carreras. El ciclo completo de ritos y fiestas culminaba en la solemne entrega de armas y taparrabos a los candidatos, y en la horadación de los lóbulos de sus orejas. Era también en esta ocasión que los iniciados tomaban sus nuevos nombres. Después de lo cual ya se los consideraba adultos.

### *Pruebas*

En los distintos pueblos de Guayana, los muchachos que habían alcanzado la pubertad eran sometidos a pruebas severas; la intención de éstas era a menudo la de dar a los candidatos habilidad y fuerza en la caza y en la pesca.

Entre los *Taulipang*, un viejo, de preferencia un abuelo, azotaba primeramente al muchacho. Luego le producían incisiones verticales en el mentón, brazos, pecho y costillas, fro-tándosele las incisiones con hierbas mágicas con el fin de aumentar su suerte en la caza. Las incisiones en los brazos tenían como finalidad el hacer de él un buen arquero; las del mentón le ayudarían a soplar bien la cerbatana. A continuación se le pasaba un cordel impregnado con hierbas mágicas por nariz y

boca. Después de estas pruebas, el joven debía someterse a la ceremonia *maraké*, en la que una especie de cesto trenzado lleno de hormigas tocandeiras que llevan aguijón (*Cryptocerus atratus*), le era aplicado al cuerpo. El candidato debía aguantar con ánimo fuerte el intenso dolor, ya que en caso contrario se repetiría la operación. Junto con estas pruebas, el joven púber debía alimentarse durante un año de sólo caldo, cashiri (cerveza de mandioca) y aves y pescados chicos.

Entre los *Aparai*, un shamán dirigía la ceremonia de iniciación. Los candidatos, de los que generalmente había tres o cuatro a la vez, pasaban un día entero bailando y cantando. Un cesto con avispas, generalmente en forma de algún animal, les era aplicado al pecho, espalda, brazos y piernas. Aquellos que lograban acallar su sufrimiento volvían al lugar del baile donde, adornados con un gran tocado y llevando una flauta en su mano izquierda y una flecha de danzar en su derecha, bailaban hasta caer exhaustos. Luego se bañaban y volvían al shamán, el que les cortaba el pelo, los adornaba con sargas de cuentas y tahalíes de pelo de mono, y les entregaba su primer taparrabos.

Entre los *Roucuyennes*, cuando los candidatos habían sido picados por hormigas y avispas, se les amarraba en la hamaca (Crevaux, pág. 249).

Cuando los muchachos *Warrau* llegaban a la pubertad, se herían el pecho y los brazos con un colmillo de pecarí o un pico de tucano, y luego eran sometidos a la prueba de las hormigas.

La prueba de las hormigas es también testimoniada de los *Tamanacocos* (Gilij, II, pág. 347), los *Oyampis* y *Emerillon* (Coudreau, págs. 228 y 548), los *Macushí*, *Akawaio* y *Arecunas*.

Al sur del Amazonas, sólo dos pueblos practicaban la prueba de las hormigas: los *Maué* y los *Parintintin*. Sin embargo, existen algunas dudas respecto de si entre los *Maué* la ceremonia tenía realmente relación con los ritos de pubertad. Los niños maué, sobre todo cuando éstos parecían retardados, e igualmente los jóvenes, eran sometidos a la dolorosa aplicación. Barboza Rodríguez recuerda una ceremonia en la que un joven metía el brazo en una especie de manga trenzada llena de

hormigas, y luego bailaba con este aparato. Tenía que repetir siete veces la misma hazaña. Martius dice que muchachos de 8 a 10 años eran sometidos a las picaduras de hormigas, y que cuando lloraban o gritaban los arrastraban a una danza salvaje. La prueba se repetía frecuentemente hasta que los muchachos cumplían 14 años, edad en que se casaban.

Entre los *Parintintin*, cuando un grupo de muchachos llegaba a la edad en que podían abandonar los delantalillos que llevaban los niños, eran mandados a la selva para probar su habilidad como cazadores. Su retorno era saludado con gritos de guerra y disparos de flecha. Eran también expuestos a las mandíbulas de hormigas, pero no a los aguijones de tocandeiras. Después de esto podían llevar el estuche peniano de los adultos.

El martirio de las hormigas y avispas ha sido a menudo interpretado como una testificación de fortaleza y como una preparación para las penalidades de la vida de cazador. En realidad es un rito mágico, que "refresca al hombre, le impide ser lento y perezoso, lo hace activo, vigilante y buen arquero" (Coudreau, pág. 228). No sólo los muchachos púberes, sino que también niños y adultos, y hasta hombres viejos son sometidos al *maraké*. Los jefes caribes, por ejemplo, debían yacer en una hamaca cubierta por centenas de hormigas tocandeiras. En las aldeas wapishanas, todo el mundo debía sufrir la prueba cuando llegaba una visita importante. Los shamanes, por su parte, lo usaban como tratamiento para sus pacientes.

Algunos otros ritos de pubertad eran también, hasta cierto punto, ordalias. Antiguamente, los muchachos *Palikur* recibían incisiones en el pecho, y en brazos y piernas, y eran azotados con un látigo de bromelia. Luego, se les entregaba las ataduras que los adultos llevan en la parte superior de los brazos y en las rodillas (Nimuendajú, 1926, pág. 84).

Durante una ceremonia especial, los *Saliva*, *Guanó* y *Othomaco* infligían un número considerable de heridas a muchachos de 10 a 12 años (Gumilla, I, págs. 118 a 119; Rivero, 1883, pág. 211).

Los *Ñambicuaras* eran considerados completamente adultos sólo después de que sus narices y labios habían sido perforados.

Es tradición entre los *Tikunas*, de que en tiempos antiguos se iniciaba a los jóvenes cuando cambiaban la voz. Se les encerraba, y luego, después de tomar un poco de tabaco en polvo, eran formalmente presentados al *Takí*.

En algunos casos los ritos de iniciación pueden ser más bien considerados como una mágica inoculación de virtud. Los antiguos *Cariris* preparaban una mezcla de polvo de huesos de pescado y de animales de caza carbonizados y de cenizas, y la frotaban sobre incisiones producidas en el cuerpo de los iniciandos. Al mismo tiempo les obligaban a beber una cocción de los mismos ingredientes. Este tratamiento mágico se practicaba en circunstancias en que los jóvenes recibían una enseñanza práctica en la caza. Por el término de diez días salían temprano a cazar; a su regreso entregaban las piezas cobradas a sus padres, contentándose ellos mismos con maíz y cazabe. En las tardes bailaban y cantaban hasta caer rendidos y completamente agotados (Martín de Nantes, págs. 12-13).

#### *Admisión en la Sociedad de los Hombres*

Hay otra categoría de ritos de iniciación que si bien coinciden con el advenimiento de la pubertad, difieren fundamentalmente de la clase de ceremonias descritas hasta ahora. En esta categoría se incluyen los ritos relacionados con la admisión al culto de las trompetas sagradas que son tan importantes para los *Cobeuos* y muchos pueblos aruac. Entre los *Onas* y *Chamacocos*, la revelación de la verdadera naturaleza de los espíritus ha sido combinada con ritos de iniciación; mas, no debe esto interpretarse como rito de pubertad, pese a que los que reciben la explicación de los misterios sean generalmente adolescentes. Entre los *Cobeuos*, la edad de los iniciandos oscila entre los 6 y los 16 años.

Los ritos de iniciación constituyen uno de los acontecimientos sociales y religiosos más importantes en la vida de los *Onas*, *Yámanas* y *Alacalufes*. Pues, además de simbolizar el tránsito de la niñez al estado legal de adulto, proveen a los jóvenes de una enseñanza en las artes y oficios, en las tradiciones del grupo, y en los ideales éticos que mantienen la armonía en la comunidad. Pese a los muchos rasgos que los ritos poseen

en común, son, sin embargo, diferentes en cada uno de esos pueblos.

Los *Onas* han combinado la iniciación primitiva con la ceremonia llamada *kina*, cuyos propósitos son los de aterrorizar a las mujeres y mantenerlas en sujeción. Por esta razón las excluyen de los ritos de iniciación, mientras que los *Yámanas* y *Alacalufes* las admiten aproximadamente en el mismo pie que los hombres. A causa de su naturaleza dual, los ritos onas se llevaban a cabo de acuerdo con planes dobles, aunque paralelos. La ceremonia de iniciación era organizada por los viejos, pero la presidía el padre del candidato de más edad. Duraba de 3 a 6 meses, y tenía lugar en una choza cónica construída cerca del bosque, a alguna distancia del campamento. Los candidatos eran de unos 16 años de edad.

Con el fin de demostrar su resistencia y sobriedad y endurecerse para las dificultades de la vida nómada en un medio áspero, los muchachos se levantaban temprano, acampaban en la nieve, comían poco, y practicaban el tiro, la lucha y las carreras. Un anciano, conocido por su sabiduría, les daba consejos respecto de las normas de conducta que debían seguir frente a los demás miembros de la comunidad; les señalaba al *Sar Supremo* como fuente de moralidad, y les instaba a ser *bravos* guerreros y buenos cazadores. Gran importancia se concedía a la generosidad. Lo que sigue es un ejemplo de esta enseñanza: "Les dejamos participar en la fiesta porque ya tienen suficiente edad. Muéstrense como hombres. Tened cuidado. No hemos inventado esta fiesta, sino que nos viene del pasado. La tomamos hace tiempo de las mujeres. Guarden secretas estas cosas".

Por último se informaba a los muchachos que los espíritus en los cuales hasta ahora habían creído y que asustaban a las mujeres y niños, eran en realidad hombres enmascarados. Durante la ceremonia, los hombres disfrazados venían todas las mañanas a registrar el campo y a aporrear a las aterrorizadas mujeres. Al atardecer, hombres encapuchados salían de las chozas y bailaban en la actitud característica del espíritu que personificaban. Los hombres decían a las mujeres que habían sido maltratados por los espíritus, y que pedían benevolencia. Cualquier hombre que revelara el engaño y cualquier mujer que osara expresar dudas, seguramente que habría sido muerto.

La iniciación terminaba sin ninguna ceremonia especial y cuando todos estaban cansados de ella. Los recién iniciados regresaban a casa con cara seria, y por algún tiempo pretendían no reconocer a sus madres. Después de esto nadie podía darles lecciones, pues eran hombres responsables de sus actos. Pronto las familias que se habían congregado para la ocasión, se dispersaban de nuevo.

Entre los *Yámanas* y los *Alacalufes* los ritos de iniciación duraban de unos pocos días a algunos meses, y se celebraban al menos una vez al año; a veces sólo después de un corto intervalo. Los *Alacalufes* celebraban las ceremonias cuando una ballena varaba en la costa o después de una afortunada caza de leones marinos. Sólo jóvenes de ambos sexos que habían alcanzado la pubertad podían ser iniciados, pero todos los adultos participaban en los ritos. Entre los *Yámanas* cada muchacho era confiado al cuidado de una madrina y dos padrinos, mientras que las chicas tenían un padrino y dos madrinas.

Los ritos yámanas tenían lugar en chozas especiales decoradas con tablas y palos pintados; eran compartidas por muchachos y niñas. Entre los *Alacalufes*, las mujeres se retiraban por la noche a sus propias chozas, y sólo hacia el final del período de iniciación se las autorizaba a quedarse con los hombres, bajo condición de no vigilar sus actividades.

Durante el período de iniciación los novicios dormían y comían poco, trabajaban mucho y tomaban diariamente un baño frío. Podían beber sólo con un tubo. Dentro de la choza se sentaban con las piernas cruzadas, y los *Alacalufes* castigaban aquellos que cambiaban de posición. Se pasaba mucho tiempo en aprender los principales oficios y en escuchar los discursos morales. Sus padrinos les exhortaban a ser generosos, respetuosos para con los viejos y a abstenerse de chismerías; sus palabras eran presentadas como expresiones de la voluntad del Ser Supremo.

Los novicios yámanas se veían constantemente amenazados por un demonio que, finalmente, les aparecía en forma de hombre en medio de terroríficos gritos y ruidos. Un elemento tradicional en la iniciación alacaluf la relaciona con la ona. En un momento dado, un hombre disfrazado de espíritu se acercaba a la choza y daba alaridos. Los novicios gritaban y gol-

peaban las paredes de la choza para rechazarlo, mientras que las mujeres daban muestras de gran terror porque aporreaba al que podía alcanzar.

Los ritos alacalufes incluían también elementos cómicos que faltaban en los de los *Yámanas*. Los hombres se divertían con las mujeres o con otros hombres. Los aspectos mágico-religiosos consistían sobre todo en danzas y cantos dirigidos a mantener a raya los malos espíritus. Unos cantos pertenecían a las mujeres, otros a los hombres.

Hacia fines del período, los padrinos entregaban a sus candidatos un cesto, un tubo para beber y una varita para rasarse. El episodio final era una batalla fingida entre los hombres y las mujeres.

De pueblos del Chaco, sólo de los *Mbayás*, *Payaguás*, *Vilelas*, *Lenguas* y *Chamacocos* se conocen ritos de iniciación.

Los muchachos mbayás de alrededor de 13 años alcanzaban el estado legal de guerrero mediante una ceremonia especial. Pintados de rojo y blanco y llevando todas sus plumas, cuentas y adornos metálicos, cantaban durante toda una noche y un día batiendo un tambor. Al ponerse el sol, un shamán les pinchaba el pene y otras partes del cuerpo con una lezna de hueso de jaguar, produciéndoles sangre abundante. Se esperaba que los muchachos permanecieran impasibles. Luego se les untaba todo el cuerpo con su propia sangre. Después de esto los novicios invitaban al grupo a beber y echaban chaquiras, cuchillos y mantas a la multitud.

Hay constancia en la bibliografía de que ciertos grupos guaycurúes imponían sus pruebas a niños pequeños, los que debían igualmente mostrar su valor no echándose atrás. El labio inferior era perforado en la tierna niñez por un guerrero famoso. Al llegar a la pubertad le pinchaban al muchacho los genitales y le arrancaban uno de los dos mechones de cabello que le quedaban en su cabeza tonsurada. El adolescente era ahora considerado como adulto, y se le permitía llevar brazaletes y un cinturón de pelo humano o de animal.

Los *Payaguás* perforaban el labio inferior de los niños a los 4 años de edad. Si el chico era hijo de un jefe, entonces se realizaba un gran festival. Los componentes del grupo bebían, cantaban y agitaban sus sonajeros de calabaza durante

algunos días. Finalmente, un shamán teniendo en brazos al chico era paseado sobre una parihuela pródigamente adornada. La gente le ofrecía muchos presentes, como collares, alimentos y ovillos de algodón, mientras que los hombres lo rociaban con sangre extraída de sus genitales.

Entre los indios *Paisanés* del Chaco argentino, los muchachos que habían alcanzado la pubertad se sometían a una amistosa ceremonia celebrada alrededor de un árbol sagrado. Los iniciados, con su pelo rapado, regresaban al campamento llevando flores o ramas. A partir de entonces eran considerados miembros acabados de la comunidad.

Los ritos de iniciación de los *Chamacocos* se parecen extrañamente a los de los *Yámanas*. Dos hombres van a la madre y le piden les dé el muchacho. Si la madre rehusa, personificadores de espíritus irán a reclamar al joven. Los muchachos son conducidos a un lugar cerrado en la manigua, donde viven durante un mes con ancianos que les enseñan las tradiciones del pueblo y su código moral. Finalmente, les dicen que los "espíritus" que aparecen en la fiesta *Anaposo* son sólo hombres enmascarados, y que si alguno revelara este secreto a las mujeres sería muerto a garrotazos. La próxima fiesta culmina con la llegada de hombres enmascarados que aterrorizan a las mujeres.

La ceremonia de pubertad entre los *Lenguas* ha sido recientemente descrita así por un poblador alemán, señor von Becker:

"Los muchachos, con sus mechones frontales de cabello envueltos en hilos de algodón y con una pluma metida en el medio, estaban cerca de los tambores. Sus mechones eran símbolo de pubertad. Iban pintados y envueltos en mantos nuevos. La fiesta consistía en producir varias danzas: una danza de la serpiente, una contradanza y otra danza circular que los hombres realizaban cantando y acompañados con sus sonajeros al ritmo de los tambores. Los tamboreros y los espectadores también cantaban. Un shamán, que estaba en el medio del círculo de danzantes, gritaba blandiendo su sonajero; en su mano izquierda tenía un manojo de plumas".

Los actos finales de la fiesta consistían en una lucha entre los jóvenes y los adultos, y terminaba con una danza que ya ha sido descrita por Grubb.

La admisión de un joven en la casa de los hombres era entre los *Bororos* ocasión para una ceremonia especial. Durante algunos días antes de su recepción, el padre enseñaba al hijo las tradiciones de su pueblo, y le exhortaba a honrarlas. El día anterior, los parientes más próximos del muchacho lo llevaban a la casa de los hombres donde lo presentaban a un padrino, miembro de la mitad opuesta. Durante toda esta noche, no se le permitía al muchacho dormir por miedo de que no tuviera malos sueños. A la mañana siguiente, vestido con sus mejores atavíos, era colocado de frente al sol; después de algunos ritos el padrino le ataba el estuche peniano. Luego regresaba a su casa donde las mujeres se lamentaban como si hubiese muerto. En el mismo día, el cacique revelaba al nuevo miembro de la casa de los hombres los secretos religiosos de la tribu, y comenzaba a enseñarle cantos rituales (Colbacchini, 1942, pág. 172).

#### *Ingreso a los Grados de Edad*

Los ritos de iniciación alcanzaban también gran desarrollo y eran muy complicados entre los *Ges* septentrionales, donde estaban más o menos claramente relacionados con la admisión en los grados de edad.

Entre los *Canellas*, las ceremonias de iniciación no correspondían a la pubertad, sino que servían para determinar la pertenencia a uno de los cinco grupos de edad que constituyen importantes subdivisiones de la comunidad. Los miembros de cada grupo de edad celebraban conjuntamente una serie de fiestas alternadas que constituyen un ciclo de unos diez años. Las ceremonias comenzaban en algún momento entre los cinco y los diez años de edad. En la fase primera, los candidatos permanecían recluidos en la choza materna por unos tres meses. La fase segunda, que también incluía un período de reclusión, tenía lugar tres años más tarde. Después de repetir las dos series de ritos en los mismos intervalos de tiempo, los muchachos alcanzaban el estado legal de adulto, y se les permitía casarse.

En el ritual había muy pocos elementos religiosos. En la fase primera los muchachos estaban poseídos por los espíritus de los muertos, a los que atraían con cantos; actuaban como si fueran los mismos muertos, y sólo se libraban de los espíritus mediante abluciones y flagelaciones. Tanto durante la primera

como la segunda fase, los muchachos se sometían a ritos mágicos que aseguraban su crecimiento y longevidad; al mismo tiempo recibían enseñanza respecto de sus deberes como hombres casados.

Cuando un nuevo grupo de edad se había formado, ocupaba un lugar especial en la plaza que obligaba al grupo vecino a desplazarse. De esta manera se producía un movimiento general en la posición de todos los grupos. El más viejo se colocaba en el centro de la plaza, y sus miembros se convertían en consejeros.

Entre los *Serentes*, sólo los miembros de la sociedad *akemha* pasaba por los ritos de iniciación. Durante tres años los candidatos vivían lejos de la aldea, alimentándose de lo que cazaban o de lo que les traían sus parientes. Bajo pena de expulsión del grupo, les estaba prohibido disputarse, cantar, reír o hablar fuerte. Después de su reclusión ocupaban una choza levantada por sus parientes, otorgaban nombres tradicionales a niñas pequeñas, y aceptaban de sus tíos maternos los símbolos de su estado legal. Después de esto, los muchachos eran considerados "shipsa", y permanecían en la casa de los hombres hasta que se casaban.

Si bien puede parecer extraño que sólo los miembros de una de las cuatro sociedades serentes estuviesen sometidos a ritos de iniciación, la anomalía puede explicarse si consideramos a la *akemha*, llamada también la más joven, como uno de los grupos de edad al que tenía acceso la juventud después de un período de iniciación.

Entre los *Apinaye* un nuevo ciclo de ritos de iniciación comenzaba cada diez años para todos los miembros de la nueva generación. Llegado el tiempo, los ancianos de la aldea seleccionaban dos instructores, uno por cada mitad, y éstos, a su vez, designaban al hijo de una hermana como jefe de los candidatos en su mitad. Durante dos períodos de iniciación, los candidatos vivían en un campamento cerca de la aldea donde eran asistidos por cuatro muchachas que habían heredado esta función. Los principales ritos consistían en la perforación de los labios y lóbulos auriculares. Cada tarde los muchachos iban en procesión solemne a la aldea a pedir su alimento que luego comían en común.

Durante la fase primera de la iniciación, los muchachos preparaban los adornos que ellos debían luego llevar. Durante el día practicaban la caza, y al atardecer cantaban los cuatro cantos de iniciación y bailaban danzas especiales. Las noches se pasaban en casa. Cuando su cabello, que previamente había sido cortado, era suficientemente largo como para alcanzar la nariz, hacían torteros para las mujeres de la comunidad, a fin de que éstas hilaran los hilos que ellos necesitaban para sus adornos. El trabajo era acompañado por varias ceremonias. Llegado el momento, los padres señalaban padrinos a sus hijos. Los ritos finales de la primera fase de iniciación tenían lugar cuando los adornos estaban terminados. Las ceremonias celebradas en la ocasión incluían una carrera con troncos, un desfile de los muchachos y cantos. Grandes empanadas de carne eran comidas por todos los presentes, con excepción de los iniciandos. Se pasaba la noche de pie sobre un montón de leña; después de algunos días pasados cantando y bailando, se repetía la prueba. Practicaban también ritos mágicos con el fin de tener una larga vida.

Un intervalo de varios meses separaba la segunda fase de iniciación, de la primera. El sentido de los complicadísimos ritos que caracterizaban la fase segunda, es oscuro. Nuevamente se trasladaban los muchachos a un campamento donde vivían seis meses aprendiendo las normas de la vida sin tacha. Sus maestros ponían especial interés en lo concerniente a la conducta que debían observar frente a sus futuras esposas; se les instaba a permanecer castos y disciplinados durante el período de reclusión.

Durante esta segunda fase tenía también lugar un partido de pelota jugado de acuerdo con complicadas reglas, pero no por los candidatos, sino por sus padres. Los padrinos entregaban a los iniciandos mazas ceremoniales y les cortaban el pelo que les había crecido durante el período de reclusión.

El final del ciclo segundo, al igual que el del primero, se señalaba por carreras con troncos y por la realización de ritos mágicos destinados a dar a los jóvenes vigor y más larga vida.